

En busca del pensamiento de los grandes filósofos

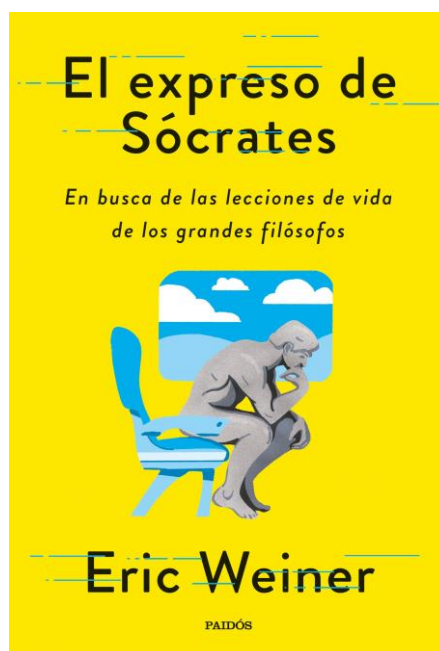
Eric Weiner (2021), *El expreso de Sócrates* (Pablo Hermida Lazcano, trad.). Barcelona, Paidós, 420 páginas.

Julián Arroyo Pomedá. Instituto de Educación Secundaria «Alameda de Osuna», (Madrid)

Filosofía y viaje mantienen una relación paralela, según el autor de este trabajo. Viajamos para ver el mundo de una forma diferente. En los grandes pensadores descubrimos formas de ser y de vivir, que ayudan a responder a preguntas vitales. Hallamos perspectivas nuevas en los viajes y conocemos con mayor perspectiva la realidad. Nos encontramos con los pensadores para aprender de su sabiduría. Tenemos hambre de sabiduría, además de ganas de conocer. Un conjunto de conocimientos no conduce necesariamente a pensar para estar en el mundo de otra manera. El autor elige a catorce pensadores para analizar su sabiduría, mientras viaja en tren con tranquilidad y sin preocupaciones.

Son tres los momentos del día en los que transcurre el viaje: amanecer, mediodía y atardecer. Empieza temprano. A las siete de la mañana se levanta como Marco Aurelio, «una rareza: un rey filósofo» (p. 29). Ante su falta de ganas para levantarse, Marco Aurelio le da el último empujón y empezar el día, leyendo sus *Meditaciones*.

A las 10:40h le tenemos en el tren camino de Atenas para formularse preguntas como Sócrates. Los problemas se resuelven preguntándose por ellos y experimentándolos. Sócrates era un hombre feo, que practicaba la sabiduría, que consistía en caer en la cuenta de que no sabía nada por mucho que dijera el oráculo. Por eso se preguntaba cómo ser mejor, conversado sobre todo con los demás



atenienses, sus vecinos, y después consigo mismo. Y se pasaba la vida preguntando permanentemente desde el asombro, lentamente y con paciencia.

Weiner termina su reflexión acerca de Sócrates de modo contundente: «Sócrates fue un fracaso», porque «la filosofía genera más problemas de los que resuelve» (p. 62). ¿Por qué ejecutaron a Sócrates sus conciudadanos los atenienses? No es por lo que dice la historia, sino «por hacer demasiadas preguntas impertinentes» (*ib.*).

Pasado el mediodía, el autor se dirige a Basilea para encontrarse con Rousseau, un pensador que «fue un caminante. Caminaba con frecuencia y caminaba solo» (página 66) para regresar a la naturaleza («paseante solitario»). Creía en la bondad del hombre y hablada desde el buen salvaje. Murió igual que Sócrates, de un modo trágico, derribado por un perro danés, que iba delante del carruaje de un aristócrata. Ya no se recuperó nunca del accidente.

Ahora es Thoreau quien se tropieza con Weiner, mientras sigue la ruta a Boston, próximo al mediodía. Thoreau veía y sentía al mismo tiempo y lo hacía con asombro. Es admirable la capacidad de Weiner para meterse en la piel del personaje y desintegrarlo por dentro y por fuera. Así se va convirtiendo en la figura de Thoreau de tal manera que el original va hablando a través del personaje.

Es el momento de escuchar a Schopenhauer, mientras el tren hace la ruta de Hamburgo a Frankfurt. Se trata del filósofo del pesimismo, de la melancolía. El *noúmeno* anciano es interpretado como una fuerza o energía, que expresa como voluntad. Todo le atormentaba menos el arte. La obra de arte es la única que apacigua el sufrimiento y la música es la terapia de Schopenhauer. Cuando Weiner visita los archivos de Schopenhauer empieza a sentir afecto por él. No le interesaba este mundo, porque aspiraba a otro mucho más profundo y rico, el mundo interior, en el que él se movía permanentemente.

La segunda parte transcurre durante el mediodía, pero sigue la misma metodología que ya conocemos. Empieza por Epicuro, porque desea disfrutar como él. Vivió en un jardín amurallado y rechazó los negocios y la política. No trataba con los ciudadanos varones, sino que aceptaba a esclavos liberados y a las mujeres —en esto se distinguía de todos sus predecesores. Vivían en una especie de monasterio, llevando una existencia común y disfrutando del placer, que hay que entender bien, ya que se dedicaban principalmente a la ética. No temían ni a los dioses ni a la muerte, solo había

que disfrutar para ser feliz. Hay que hacer como los niños, que solo responden al placer y al dolor. El primero para disfrutarlo y el segundo para separarse de él y poder evitarlo. Luego están los amigos. La amistad es uno de los grandes placeres de la vida para Epicuro.

En Simone Weil percibe Weiner el concepto de atención. La atención es necesaria para poder vivir. La consideraba una virtud moral, era amor. Por eso retirar la atención es dejar de amar. Weil tenía una sensibilidad especial y una profunda sabiduría. La atención no se compadece con la velocidad y la prisa. En el mundo contemporáneo la atención es difícil, porque siempre estamos actuando velozmente y con mucha impaciencia. La no atención es señal de egoísmo. Hay que esperar siempre.

En el atardecer Weiner se encuentra con Nietzsche, «el chico malo de la filosofía occidental», «el más seductor e inevitable de los filósofos» (p. 263). Weiner sabe captar el espíritu de Nietzsche magníficamente. No es un experto filósofo, capaz de desentrañar su pensamiento e interpretarlo. Se conforma con sacarle todo su jugo a las expresiones del *eterno retorno* y *el superhombre* de este filólogo, primero, y filósofo salvaje después. Le encantan sus exclamaciones: «Nietzsche es el filósofo del signo de exclamación» (p. 271). El eterno retorno es la causa más pesada, pero nunca lo rechaza, pidiendo que vuelva otra vez (p. 281).

Epicteto tiene relación con el estoicismo y con el marco racional: esfuéstrate por cambiar lo que puedas, pero, si no te fuera posible cambiarlo, entonces acéptalo. Esto vale para los peores momentos de la existencia. También es cierto que no todo depende de nosotros y lo mejor es ser indiferente cuando el que dirige pertenece a otra perspectiva. El orden del universo está organizado a un nivel que no depende de nosotros, así que aquí la respuesta es el fatalismo: el perro va siempre arrastrado por el carro y tiene que seguirlo irremediabilmente, puesto que va atado a él. Nos persigue la adversidad.

Weiner reflexiona sobre el envejecimiento con Simone de Beauvoir. Al mirarnos al espejo, observamos que estamos envejeciendo y también lo reflejan nuestras actuaciones cotidianas. Ahora bien, aunque esto sea objetivo, «nunca *nos sentimos* viejos» (p. 313). Esta observación es muy interesante, porque si alguna vez lo sentimos es señal de que nos encontramos próximos al fin. En la vejez muchos filósofos han escrito sus mejores trabajos, como hemos visto en Kant. Platón seguía trabajando

cuando murió a los 80 años. Isócrates también lo hacía a sus 94. Beauvoir ha escrito sobre la vejez.

La vejez es el momento adecuado para ser dueños de nuestro pasado, para aumentar el número de amigos, porque ahora es cuando más los necesitamos, de dejar de preocuparnos por lo que digan los demás, de continuar siendo curiosos, de actualizar proyectos para no permanecer pasivos, de seguir con buenos hábitos, de gozar de la ociosidad, de culminar la vida, de desconectar, de no empeñarnos en concluirlo todo, ya que otros lo podrán hacer.

En todo caso, cuando llegue la hora última, hay que aprender a morir como Montaigne: «no tener miedo a morir» (p. 345). ¿Hay que prepararse para morir o es mejor aprender a vivir? Pregunta interesante donde las haya. La muerte es algo preocupante, pero, quizás, la inmortalidad sería peor. Sin embargo, en la actualidad es lo que vamos buscando afanosamente.

Contemplar el mundo desde una perspectiva diferente no es nada fácil. La filosofía puede ayudar a ello, pero tampoco es seguro que lo consigamos. Al menos lo hemos intentado con el viaje al pensamiento para vivir más sabiamente y poder aproximarnos a las respuestas a nuestras grandes preguntas.